

La revolución

Gabriela sabe que su esposo, Humberto Domingo Cardoso Viñales, el que fuera considerado como uno de los mejores cirujanos de Cuba durante los gloriosos años en los que gobernó el gran Fulgencio Batista, solo quiere leer y leer y pasarse las horas muertas en la biblioteca, eso sí, siempre sin dejar de leer, desde que la jovencita, exuberante y recién licenciada Odalys Guerra abre por la mañana la puerta del señorial edificio reconvertido en fuente del saber hasta que la cierra ya atardecido. No sirve de nada que tanto ella, su abnegada esposa, como sus seis hijos le digan que va a acabar mal de la sesera como siga enfrascado en esa lectura sin cuartel de decenas y decenas de libros de todo tipo. Como tampoco sirve de nada que Gabriela se encomiende infinidad de veces a su Cachita, su siempre venerada Virgen de la Caridad del Cobre, para que asista a su esposo, le guíe por el camino de la luz y le dé fuerzas a él para volver a ser el que era y templanza, serenidad y entereza a los suyos para salir de este atolladero.

–El tiempo me dará la razón. Todavía no está todo dicho.

Esas son las únicas palabras que pronuncia en lo que da de sí un día con sus largas y desesperantes veinticuatro horas mientras toma un tentempié ligero por la mañana y lee las páginas del libro que ese día tenga entre manos, uno de esos que saca prestados de la biblioteca. Da igual el título y su temática, tampoco le importa la textura de sus hojas o el año de su edición. Lo importante es tener siempre la compañía de un libro. O eso es lo que creen Gabriela y sus hijos, que ya no saben qué hacer ni a quién acudir para recuperar al Humberto Domingo hilarante y jovial, ingenioso y repentista genial después de beber algunas copas de ron añejo, un tipo singular que, durante esas reuniones familiares en las que ejercía de digno anfitrión, siempre tenía una historia o una chanza en la boca con la que animarles el día. No saben qué extraño secreto o qué explicación sombría esconden estas once palabras que el cabeza de familia pronuncia cada mañana como si estuviera aquejado de un misticismo inexplicable, como si, en el fondo, disfrutara haciéndoles sufrir adentrándose durante el resto del día en un hermético silencio de caverna.

Humberto Domingo recorre con parsimonia, siempre con un libro entre las manos, siempre leyendo, las tres cuerdas que separan su casa de la Biblioteca Municipal Gustavo Izquierdo. Gabriela, como si fuera su fiel escudera, le acompaña con su paso retenido, deliberadamente lento, al borde de algo que podría acercarse a la extinción o a

un abismo doloroso, por las empedradas calles de Trinidad, abriéndose paso entre esa inquieta, expectante y curiosa multitud de turistas adocenados que se detienen a hacerse un *selfie* delante de alguna casa de llamativos colores o que, sencillamente, atienden las explicaciones del guía de turno. Durante el trayecto, no faltan los conocidos que van andando o que manejan su camioneta, su coche o su bicicleta y se detienen a preguntar al doctor cómo lleva sus lecturas, si es mucho lo que lleva aprendido ya y, de una manera sibilina, intentan arrancarle una palabra, una frase, con el deseo muy humano de confiscar una expresión oral de quien sigue siendo una persona muy querida en Trinidad. Gabriela no suele decir nada y, cuando expresa algún sentimiento, algún parecer, alguna idea, es como si lo hiciera para liberarse de esa pesadumbre que le atenaza el corazón y que le impide ser feliz, que le hace sentir un dolor muy real y duradero, denso, un dolor que al mismo tiempo es acicate para tejer y organizar una red de sentimientos con unos límites muy concretos, precisos, como si el dolor tuviera la capacidad de estirar el cansancio físico hasta una frontera inimaginable. Gabriela no puede evitar hacerse sangre pensando en la maldita revolución, en los estragos que produjo y que sigue produciendo, en la pobreza, en lo absurdo de unos anhelos hipócritas, indecorosos, en lo bien que se les dio a esos jóvenes revolucionarios que pusieron la isla patas arriba, en la injusta racionalización de los elementos indispensables para llevar una vida digna y en la nacionalización de esa casa solariega que perteneció al empresario cigarrero Juan Mauri Urquiola y que hoy ha sido reconvertida en biblioteca, ese destino hacia el que se dirigen ambos un día más. Gabriela no puede dejar de pensar sobre todo en eso, en la irreverente nacionalización de un espacio de recreo al que todos los trinitarios que querían podían acudir a bailar y a señorearse, un espacio en el que pasaban la vida con alegría, entre sones y risas, olvidándose por un momento de los problemas y los agobios diarios, un lugar que esos revolucionarios decidieron reconvertir en biblioteca, como si las gentes de Trinidad tuvieran la necesidad de leer y de saber más allá de lo que la vida les enseñaba en el día a día, más allá de lo que el gran Batista había hecho por evolucionar la isla hacia una prosperidad verdadera, concreta, sólida, que unos pocos jóvenes intrépidos encabezados por Fidel Castro y Che Guevara habían frenado de una manera tan drástica como sensacionalista por la vía de una revolución injusta y arbitraria. Gabriela nunca le dice a su esposo lo que piensa de los libros, de la revolución y de estos tiempos tan raros en los que la Cuba alegre y feliz de antaño parece haberse extinguido o replegado sobre sí misma, como si se hubiera licuado de una manera tan aberrante como indigna; no,

nunca le dice lo que cree a pies juntillas porque está convencida de que si algún día tuviera los arrestos necesarios para sincerarse con él podría agravarse su mal y, en el fondo, no quiere hacerle ningún daño porque sigue enamorada de su esposo Humberto Domingo como si fuera el primer día.

La exuberante Odalys les recibe con una sonrisa amplia, generosa, sincera. Siempre tiene una palabra amable. Sabe lo difícil que está resultando que los trinitarios se embarquen en la lectura y trata de ser lo más educada y cortés que sabe y puede con su principal lector y con su cónyuge. Apenas hay lectores y sabe que la simpatía, y por qué no la sensualidad, son maneras fáciles de agradar y conseguir su fin, que no es otro que el de prestar muchos libros y llenar la sala de lectura, objetivos que aún está muy lejos de conseguir. Pero ella no desiste ni desistirá, aunque el doctor, sin mediar saludo alguno, un día más, se dirija hacia su sitio, al fondo de la sala, hacia esa esquina a la que llega una exigua luz natural, y se sienta en una elemental silla de madera frente a unas estanterías en las que se sitúan, perfectamente alineados sobre las tablas que los sostienen, unos libros antiquísimos que desprenden un singularísimo aroma a imprenta antigua, vetusta, y que bien pudieran haber formado parte de las posesiones de algún mecenas perteneciente a una época remota. A pesar de que la bibliotecaria trata de ser educada y dirigirse con gentileza a ambos, mostrarse lo más simpática y dicharachera posible, no recibe ninguna muestra de aprecio por parte de ninguno de los dos. En cierto modo se siente como una novia abandonada, como una apestada. Sin embargo, es consciente de la dificultad que entraña su trabajo y asume las consecuencias que se puedan derivar de él. A Gabriela, esta jovencita de ojos oscuros, labios carnosos y mejillas permanentemente sonrosadas le genera una inquietante sensación de desasosiego porque cree que podría ser más recatada, vestir ropas más amplias en vez de ir tan ceñida. Más de un día ha querido preguntarla, desde la honestidad, sin cinismo, por qué viste igual que una puta. Sin embargo, no lo ha hecho. No se ha atrevido. Probablemente ha sido su Cachita quien de una manera inconsciente, o quién sabe si deliberadamente consciente para evitarle un problema, la que la ha detenido. Y aunque confía en su esposo y cree que nunca le sería infiel con esa jovencita de una belleza indígena, primigenia, en la que confluyen de una manera armoniosa los rasgos más sobresalientes y hermosos de sus antepasados, con esa muchacha que podría ser su hija, prefiere mantener las distancias y pecar de arisca para evitar malos entendidos y por ello se sienta en una silla que hay en la entrada a la sala de lectura y deja que el tiempo transcurra sin más, mientras su marido lee y lee sin parar. Gabriela cree que, estando

con él, requisando en cierto modo cada instante, es su particular manera de protegerle y de protegerse a sí misma contra las lenguas maldicientes.

Humberto Domingo, en el fondo, está hecho un lío. Aunque sabe que el tiempo le dará la razón y que todavía no está todo dicho, en realidad no sabe en qué le dará la razón el tiempo y por qué no está todo dicho, como tampoco entiende por qué cree vivir en una revolución constante ni por qué se pasa las horas leyendo y tomando notas con su pluma estilográfica, breves apuntes a modo de resumen, con una caligrafía que solo él sabe descifrar; no, no sabe qué es lo que busca en estos libros antiguos, vetustos, primitivos, que hablan de guerras míticas, de soldados valerosos y de amores imposibles y en otros más bisoños, que han sido editados recientemente y han pertenecido a las colecciones familiares de los Altunaga, Mauri, Cacho o Fischer; ahora que está en el cénit de su carrera profesional, ahora que ha alcanzado un reconocimiento nacional y que se siente facultado para emprender operaciones quirúrgicas de cierta relevancia que años atrás le hubieran hecho vacilar, no entiende qué fuerza superior le arrastra a leer sin pausa dirigiendo su devenir diario y sus experiencias vitales hacia una única dirección, de una manera tan inquietante como incomprensible. A veces, buscando entre los recovecos de la memoria, calibrando la temperatura de su tribulación, detiene la lectura que tiene entre manos y cree que este gran sinsentido tiene explicación en esa enfermedad rara que de niño le tuvo postrado en cama durante varios meses, unos meses infernales en los que no podía salir de su dormitorio y cuyo único contacto con el exterior eran los libros que su padre le hacía llegar de una manera tan arbitraria como profusa, libros de gran variedad temática que bien podían encerrar entre sus páginas las aventuras de aguerridos y valerosos soldados o los sesudos y densos ensayos filosóficos de célebres prohombres de la humanidad, libros que su padre conseguía de estraperlo en Sancti Spíritus. Aunque puede que incluso su memoria esté enferma y que no tenga que buscar explicaciones a este comportamiento en el pasado, sino en el presente, en este presente autoritario y déspota que le marca una determinada senda a seguir, porque la vida está en el presente, en lo actual, en lo que está pasando hoy y ahora y no en lo viejo, en lo enquistado en un pasado decrepito y amordazado en una quietud que siempre se moldea a las necesidades parentorias que se crea de uno mismo.

Gabriela mira al frente, reza a su Cachita de una manera un tanto brusca y desordenada, nerviosa y quebradiza, y observa a la exuberante Odalys que contonea alegremente su culo mulato y zumbón de un lado a otro de la sala de lectura como si resolviera asuntos de gran importancia, cambiando y hojeando libros a su libre albedrío

y que, cada diez minutos, tiene que detenerse para, extenuada por su labor, secarse el sudor del canalillo con esos dedos largos y filamentosos de su mano izquierda, mientras observa a Humberto Domingo, a quien provee de libros que ella selecciona aleatoriamente tras hojearlos y priorizarlos en base a unos criterios que desconoce y que prefiere seguir desconociendo, aunque en el fondo cree que le generaría cierta tranquilidad saber las razones por las que la joven incita a su esposo a leer unos libros en detrimento de otros. Él, sin embargo, nunca le dice nada, nunca le marca ninguna pauta, como siempre. Nunca dice nada. Solo gesticula. Aprueba o desaprueba uno u otro libro. Y sigue leyendo. Y así se pasan las horas. Los días. Las semanas. Y los meses. Horas, días, semanas y meses que los seis hijos del cirujano aprovechan para indagar en el mal de su padre, para tratar de encontrar la causa, el origen que justifique un comportamiento tan extraño en una persona que siempre había estado en sus cabales, que nunca había dado muestras de tener una personalidad demasiado compleja o rara, que siempre había sido un profesional muy trabajador, extraordinariamente comprometido con su función de salvar vidas humanas. Algunos creen ver miedos o inseguridades en determinados comportamientos de su padre que podrían estar directamente emparentados con este aislamiento voluntario que quieren pensar responde a una especie de insatisfacción o de obstáculo mental para ser feliz con todo lo que ha logrado, una incapacidad que se manifiesta en una imposibilidad primitiva, arcaica, para disfrutar de todo aquello que posee, como si el hecho de haber conseguido unos determinados éxitos a lo largo de su carrera profesional lo hubieran desposeído de inmediato del valor que tendría que haber atribuido al camino recorrido para alcanzar esos reconocimientos, como si, en cierta manera, estuviera condicionado por una especie de decepción crónica. Sin embargo, otros creen que se trata simplemente de una arrogancia senil que solo se curaría con una muerte que no desean y hay quien incluso se atreve a decir, persuadido por no se sabe muy bien qué argumento insondable, de una manera categórica, contundente, que está poseído por el demonio como así lo prueban además esos apuntes que toma y que parecen estar encriptados para que solo Lucifer y sus aliados puedan desentrañar el contenido de esos mensajes cifrados y que, por tanto, lo más sensato sería hablar con un sacerdote para pedirle que le practicara un exorcismo. A veces discuten entre ellos y se dan voces, se pelean, ya sea en casa o por las calles de Trinidad, y están a punto de llegar a las manos e incluso, si no media un gesto de humildad, arrepentimiento o complicidad, pueden llegar a estar varias semanas sin hablarse. Hasta que Gabriela interviene en el conflicto y con sencillez, con ese

sugestivo amor de madre que le garantiza el triunfo, consigue que todos vuelvan a llevarse bien y a caminar por la senda del entendimiento y de la buena armonía.

Humberto Domingo a veces ejercita la memoria de una manera muy particular. Y lo hace, ya sea en la sala de lectura de la biblioteca, ante la atenta mirada de su esposa Gabriela, que sabe que siempre está ahí, al quite, cubriéndole la espalda, como un deseo, como un sueño o una ilusión reincidentes, o ante las atenciones de una Odalys siempre generosa, siempre solícita, afable, o bien por las calles de Trinidad, escuchando de fondo alguna guaracha o el rasgado melancólico de algún guitarrista callejero, o bien en la cama mientras intenta conciliar un sueño ligero, frágil, bajo el ventilador que intenta paliar los rigores de un calor angustioso, para recordar algún nombre, alguna anécdota, las facciones de un enfermo determinado, como si quisiera alambicar de alguna manera la distribución de sus recuerdos, o justificar de algún modo que resulte plausible, sin violentar los tejemanejes de la realidad tan angustiosa que vive y de la que le resulta imposible desprenderse, una especie de vulnerabilidad o de voluntad que se escapa a sus deseos, y siempre descubre con satisfacción que no encuentra grietas, fisuras por las que se pueda escurrir su razón, que su obsesión por la lectura y su silencio tienen que obedecer a unos estímulos no tan fantasiosos o quiméricos como tangibles y reales y, aunque no los encuentre, o no sepa determinar su magnitud, su textura, su grado de anarquía o de precisión, sabe que tiene que permanecer tranquilo y seguir leyendo y leyendo sin parar, con una dedicación exclusiva, enclaustrado en su soledad.

—Don Humberto, no tengo nada más que yo pueda ofrecerle. Ya se leyó todos los libros de la biblioteca.

Las palabras de la joven Odalys Guerra, a escasos días de la celebración de san Juan, irrumpen en el ánimo del cirujano con la reciedumbre de un huracán, con el ímpetu de un ciclón, y desajustan, dinamitan y hacen tambalear la cartografía de sus emociones, ese mapa sobre el que reconfiguró, de una manera tan caótica como decisiva, años atrás la razón de su existencia. El cirujano procesa estas palabras en su mente una y otra vez, mirando al frente, absorto, intentando descifrar algún mensaje oculto, alguna contingencia que disgregue las palabras de la joven bibliotecaria y las reduzca a una sencilla eventualidad. Odalys, la aún joven, exuberante y recién licenciada Odalys Guerra, se queda en silencio, consciente de que le cuesta un poco respirar y que le sobreviene una debilidad repentina, y encoge los hombros varias veces,

intentando fragmentar el silencio con gestos que atemperen y rellenen de algún modo la angustia del momento, exonerarlo de ese inquietante y gélido amodorramiento bajo el que todo parece haber quedado preso, incluidos el tiempo y sus aristas. Sabía que este momento, tarde o temprano, podría hacerse realidad. Sabía que llegaría el día en el que el cirujano Humberto Domingo Cardoso Viñales ya se habría leído todos los libros del fondo destinado a esta biblioteca, que no podría mentirle ofreciéndole un libro que ya había leído porque, aunque lo intentó un par de veces cuando asumió que sería imposible adquirir más libros, supo que no era la vía adecuada pues en ambos casos el doctor se dio cuenta de que ya los había leído y los apartó con un gesto displicente. Por eso durante las últimas semanas estuvo haciendo llamados constantes, imperiosos, desesperados, a La Habana, a Santiago de Cuba y a otras ciudades limítrofes, para que le suministraran más libros, pero siempre se encontró con una negativa como respuesta; siempre le decían los responsables de turno, los supuestos garantes de una culturización que entonces más que nunca se habían politizado hasta unos límites inimaginables, que los libros eran los que eran y cada biblioteca disponía de un fondo que era totalmente intransferible e inamovible. Odalys Guerra siente que no puede hacer nada para evitar que sus ojos se llenen de lágrimas, de un dolor violento, amargo, de un ensimismamiento lánguido que no sabe cómo gestionar.

El semblante de Gabriela se tensa. En él se dan cita a un mismo tiempo el agotamiento físico, la esperanza, la ilusión y la felicidad. No sabe si agradecer a su Cachita una noticia tan esperada o si, por el contrario, debe permanecer a la expectativa y vincular sus anhelos más vehementes a la reacción de su esposo antes de saborear la victoria, antes de saber con toda seguridad si este deseo absurdo de leer y leer sin parar de su esposo que ha durado tantos años ha llegado a su fin, se ha extinguido, o si, por el contrario, ha de dar inicio a otra época más oscura y tenebrosa.

Las tres personas, en definitiva, asisten a una escena compleja en la que se agolpan de repente una cantidad ingente de emociones y sentimientos contradictorios.

Da la sensación de que ninguno de ellos es capaz de administrar con desenvoltura una circunstancia que, tarde o temprano, podría suceder.

Humberto Domingo, sentado en su elemental silla de madera de todos los días, rodeado de las estanterías que sostienen los miles de libros que ha leído de una manera enfermiza y concienzuda durante los últimos años, empieza a repasar mentalmente a una velocidad de vértigo todas esas historias con las que ha convivido, todos esos argumentos, complejos y livianos, todos esos personajes con los que se ha emocionado,

con los que ha vivido en una especie de fascinación permanente y con los que, en cierto modo, se ha torturado, de la misma manera que ha comprobado el cariño y amor desinteresados que le profesan tanto su esposa Gabriela como sus seis hijos y ahora tiene más claro que nunca, conclusión aparentemente lógica y transparente y a la que llega en un segmento temporal razonablemente breve, de una contundencia irrefutable, definitiva, que era evidente que el tiempo le daría la razón, que todavía no estaba todo dicho porque, a partir de ahora, sabiendo que ya ha leído todo cuanto podía leer sin salir de Trinidad, su tierra, el pueblo que le vio nacer y crecer y al que quiso volver al llegar la senectud, sacándose del bolsillo de la guayabera la pluma estilográfica con la que ha escrito tantos y tantos diagnósticos y ha prescrito tantos y tantos tratamientos, cree que es el momento idóneo para empezar a escribir todo aquello que aún no está dicho ni escrito, desarrollar un talento al que nunca ha prestado la atención debida y hacer partícipe a las generaciones venideras de un particularísimo y revolucionario universo literario que ha hibernado paciente y discretamente durante décadas en los recovecos de su imaginación.